



## LA REVANCHA\*

*Jesús Miguel Delgado del Águila*

Qué amplio e infinito es el mundo al contemplarlo desde lo alto. Llevaba bastante tiempo recostado sobre mi balcón, sin cansarme de mirar la inmensidad del panorama que tenía frente a mí. A lo lejos, la neblina ocultaba algunos paisajes que mis débiles ojos no podían vislumbrar: solo veía casas y edificios en serie que conformaban el pequeño sector de la clase social de Lima. Sin dejar de captar el cielo gris, me maravillaba la idea de que la luz del sol se reflejara en las ventanas y que con los árboles formara sombras sobre el piso. Luego de un momento, cambié la posición de mis brazos: puse el derecho sobre el izquierdo, y continué con el mismo propósito. El tiempo no dejaba de abstraerse al igual que mis pensamientos. Parpadeaba con fuerza para percibir mejor la realidad y notar que podría haber algo maravilloso más allá de mis limitaciones físicas.

Me encontraba en un noveno piso de la avenida Pezet, en el distrito de San Isidro. Esa ubicación me permitía tener una cercanía al mar: era lo que más me agradaba de vivir allí, ese contacto armonioso con la naturaleza. No tan lejos de las playas de la Costa Verde, estaban algunas islas que decoraban mejor ese espacio. Le brindaban un aspecto más que sorprendente, como si se tratase de un paisaje retratado en el que uno sin querer se quedaba inmerso, como soñando, hipnotizado, justo antes de empezar con la rutina de ir a trabajar. Sin embargo, era necesario: mi inspiración, la naturaleza.

Una vez que ya trabajaba sin sentirlo, no me percataba del decurso del tiempo ni de las sobrecargas que se me iban adjuntando. Me olvidaba del mundo, de todo lo que me rodeaba: de las conversaciones, las personas, mi vida o la de aquel a quien podría estar transmitiendo mi monólogo, de todo en general. Esto de no vivir en el presente se convertía constantemente en la ausencia del goce y el disfrute de los mejores momentos de mi existencia. Como evasión, pensaba en situaciones alucinantes que se construían como una alternativa en un futuro cercano. De esta creación intermitente, explico mi espíritu inconformista,

---

\* Este cuento inédito se presentó originalmente como trabajo final para el curso «Taller de Narración II» (Universidad Nacional Mayor de San Marcos), dictado en el segundo semestre del 2009 por el Dr. Jorge Antonio Valenzuela Garcés.

incipientemente revolucionario y con rasgos de melancolía. Jamás acepté la historia tal como era, pese a que tampoco me importó hacer algo para reformularla: únicamente, esperaba que el cambio llegara inmediatamente.

No sé por qué siempre me ponía sobre ello cuando no estaba satisfecho con algo; sobre todo, en ocasiones en las que era una necesidad que mi atención se centrara en personas que me prestaban interés, después de acabar con mi jornada laboral. Sentado a una mesa de una tienda de comida rápida, frente al parque Kennedy, en el distrito de Miraflores, masticaba una gigantesca hamburguesa que nunca se terminaba. Una mujer hermosa me acompañaba. La admiraba por su exuberante belleza física. Realmente, no estoy convencido de amarla, pero me agradaba que fuera exclusivamente ella quien se encargara de distraerme y hacerme pasar un buen rato. Las ocho de la noche. Un segundo aniversario. Era imposible resistirme a vivir ese tiempo, estando todo correctamente distribuido.

—No has comido nada, ¿no quieres que te pida otro tipo de ensalada? Si te sientes mal, dímelo. Recuerda que no soy adivino —le pregunté seriamente, mientras le cogía una de sus manos que estaba húmeda por los nervios y que aún emanaba sudor. Al sentir un inesperado pasmo muy gracioso de su parte, alejó sus manos de las mías. No dejaba de temblar. Estaba atravesando por algo malo. No quería enterarme otra vez de un nuevo percance de Sofía—. ¿Qué te sucede, Sofí! Estás temblando y te ves muy pálida. ¡Cuéntame!, ¿qué te pasa? —La notaba más extraña de lo común. Mis palabras parecían penetrar en ella hasta el fondo de su alma. Hubo un silencio prolongado sin recibir contestación—. ¡No! No te pongas a llorar. Mira que me voy. —De forma violenta, separé mi silla y me puse de pie. Quería irme de ese lugar. No consentía el hecho de ver a una mujer llorando, no podía. Sabía que muchas veces un hombre es víctima de las trampas y las emboscadas femeninas por ser demasiado sentimental. Del poco tiempo que la conocía, me cercioré de que tenía que lidiar con los pretendientes que se acumulaban en torno a ella. Su naturaleza misma de mujer hacía que atrajera diariamente a muchas personas. Yo me comprometí con ella con resistencia a resignarme a la realidad; por el contrario, resultaba muy cansado no poder conseguir nada: solo atenerme a las consecuencias.

—¡No te vayas, José!... ¡Por favor!... Quédate un rato —dijo esas palabras entre lágrimas, mientras la miraba con indiferencia y decepción.

—Está bien. Vamos afuera. No entiendo por qué lo haces. Fíjate en todo lo que has generado. Las personas nos están observando con disgusto. De ahí, qué más se te ocurrirá hacer. —Mis palabras no suscitaron el efecto que yo buscaba. Entretanto, ella se limpiaba las lágrimas con sus manos y el sudor frío que permaneció en su piel. Recogió su cartera de la silla y entrelazó su brazo con el mío. Le di un beso en la frente y le pregunté—: ¿Qué has hecho ahora? —No me respondió.

Estuvimos afuera. Pensaba caminar un rato con ella en el parque Kennedy para que se tranquilice y logre contarme los hechos con normalidad. De vez en

cuando, me percataba de los cambios de la expresión de su rostro. Realmente, su físico era atractivo, no podía negarlo, se trataba de un gran distractor en momentos serios como estos. No obstante, en esa circunstancia, conseguí obviar ese detalle. Sentía muchos deseos de besarla, sin incomodarme que su rostro estuviera deteriorado a causa de las lágrimas y el maquillaje esparcido por doquier. Tenía que ser fuerte: no podía dejarme vencer por los afectos incorporados involuntariamente en mi ser. Estábamos silenciosos. No asumía que Sofía fuese igual que yo y mucho menos que percibiera el mismo panorama en esta ocasión. A lo mejor, se fijaba en los carros que pasaban a toda velocidad por los cruces de las avenidas; tal vez, se detenía en enfocarse en las luces de todos los centros comerciales y las plazuelas o qué sé yo... Quizá, simplemente, solo estaba absorta por mí y pensaba en la hora que debía llevarla de regreso a su casa.

—Ven, vamos a esas bancas...

—No, no puedo. No me siento bien, discúlpame por haber arruinado nuestro segundo aniversario. Tú sabes que cuando me siento mal no quiero nada. —Hablaba con autoridad, y ni por eso dejaba de lagrimear. La compadecía mucho. Sabía lo que era tener que evadir tanta gente presuntuosa, en vez de preferir a una sola. Me sentía feliz de ella, aunque también enojado por tener que soportar estos enfrentamientos constantemente.

—¿Quieres que te deje sola el resto de la noche?

—No.

—¿Quieres que me vaya?

—No...

—¡Sí quieres!, ¡yo te conozco! ¡Me voy ahora mismo!

—No..., no quiero que te vayas...

—¡Por favor! No te pongas a llorar de nuevo. ¡Ya me hartaste!, ¡siempre es lo mismo contigo! ¿Quién fue esta vez?

—Lo siento.

—¿Quién fue!

—Memo...

—¿Otra vez él? Tú me dijiste que él ya no existía para ti. Me lo juraste.

—Sí te lo dije, pero él volvió a aparecer sin que yo hiciera absolutamente nada.

—¿Cómo apareció?

—Dejó una carta en mi casa.

—A ver, dámela... Dámela... —Ella la tenía entre sus manos, se la quité antes de que se resistiera. Me pidió que no la rompiera, pese a que no fue esa mi intención, ni se me ocurrió. De todas maneras, preferí aprovechar el momento. Le prometí que ni siquiera abriría el sobre si me contaba lo que evidentemente pasó. A cambio, ella me imploró que leyera ese escrito, pues era imprescindible partir del problema para luego hablar—. Bueno, Sofí, mañana voy a tu casa... Justo el

viernes veinticuatro te pones así, para el día de nuestro segundo aniversario, ahora espero que el próximo no sea igual... Si es que llega...

—¡No!, ¡no llegará! —Sofía se volteó y se retiró. Me dejó con la carta en las manos y boquiabierto por incontables y largos segundos. De lo que sí estaba seguro era de que no iría tras ella en el estado en que se encontraba. De todas formas, el sábado la vería como sea o, mejor dicho, eso era lo que pensaba en ese instante. Revisé rápidamente el exterior de la carta. No me atrevía a leerla. Era una humillación. Quizá lo haría en otra oportunidad, si es que llegaba a recordarlo. Además, quería que fuera con tranquilidad. Se trataba de Memo, un ser muy extraño que insinuaba a mi chica por casi cinco años, sin existir interés de su parte por establecer una relación amorosa con él.

\*\*\* ○ \*\*\*

Llegué a una casa en Jirón de la Unión. Lo único que vi fue solo oscuridad. No quise encender las luces, el ambiente estaba bien así: perfecto. Además, ese estado me ayudaría a mantener mi silencio en estas paredes olvidadas: un lugar no poco común. Sentía como si lo hubiera frecuentado anteriormente, pero nunca pasó en realidad; es más, verdaderamente, ni sabía que existía. Encima, no recordaba el motivo de mi presencia en ese cuarto maltrecho y tenebroso. Nada más, tenía en cuenta que me localizaba en un espacio meritorio para dejarme llevar por el sonido de una carta; es decir, por el sonido del silencio. Una carta, dos o tres. Cuántas habrán pasado por mis manos, cuántas habré recibido, cuántas habré enviado y cuántas no habrán llegado. Ahora, vuelvo a pensar sobre el goce del tiempo. Tantos hechos acontecen en este mundo, tan distintos, peleas y disturbios que, a la vez, no solucionan nada. Pienso que estas acciones podrán cambiar, aunque la historia siempre será la misma, al igual que siempre existirá alguien que se detenga a analizar el mundo como yo lo hago. Imagino si es que simultáneamente podría estar capacitado para monologar de igual forma que otro. Presiento que eso no es ajeno a que suceda.

Mientras monologaba, se me cruzaban ideas por la cabeza que me alejaban del presente: ideas desligadas de la actualidad, como, por ejemplo, la descripción del lugar en donde pernocto. Estando parado frente a la ventana de mi cuarto, recibía una luz directa del exterior. Si quisiera, podría encender una vela o el reflector azul que tengo guardados en la caja de los explosivos. Hablo en serio: son explosivos; no obstante, por ahora, quiero observar mi entorno por unos minutos en esta inquietante oscuridad. Levanto solo un poco la ventana y me asomo para apreciar algo distinto de lo común. El lugar es hermoso. Sin embargo, me invade un sentimiento de pena y nostalgia al creer que dentro de poco ya no quedará todo como antes. No bastará que me conforme con ver diariamente las mismas casas remodeladas al estilo antiguo y colonial, el mismo bullicio lejano y cercano de niños, vendedores, ancianos, señoras, religiosas y gente desesperante, como

también escuchar canciones de moda. Recuerdo que cuando oía algún sencillo de mi agrado me acomodaba bien en un lugar solitario, me fijaba en que no hubiera ningún merodeador que me pudiera arruinar ese momento agradable y entonces oía la melodía a todo volumen. Siempre esperaba que nunca acabase esa canción, pues una agradable era parte de mi vida, la disfrutaba como si nunca hubiera gozado de mi existencia. Lamentablemente, toda canción tiene un determinado tiempo de duración; por lo tanto, tiene que concluir. Así como también acaba el elixir contra mi soledad. Yo no comprendo nada, tampoco entiendo a los niños. Pienso que ellos no nos soportan a nosotros, los mayores; por eso, creo que nos molestamos. En fin, no me gusta generalizar, porque es erróneo. Sé que podría estar engañándome a mí mismo, como también podría estar engañando a otros. No quiero abordar más este tema. Vuelvo de nuevo a inspirarme.

El cielo ya tiene un color azul marino, pero casi desde el piso hasta veinte metros más arriba está iluminado, calles arriba, por una potente luz amarillenta que proviene de los faroles que están colocados en cada cuadra. Personas de toda índole caminan con paquetes en las manos, otras que están por comprar y otras que simplemente caminan. Me sorprende ver la naturaleza humana: me quedaría observándola toda la vida, aunque mis preocupaciones me alejan de lo que más quiero: la felicidad.

Cerré de golpe la ventana. Luego, busqué la vela, el reflector azul y una cajita de fósforos que estaban en mi baúl. Primero, instalé el reflector en la parte alta del cuarto, pues así toda la habitación quedaba alumbrada ligeramente para no interrumpir la inquebrantable oscuridad. Inmediatamente, coloqué la vela lo más cerca posible de la ventana y la encendí. Por ahora, la luz emanaba de ese trozo de cera, debido a que el reflector solo hizo que la oscuridad tuviera color. El ambiente estaba bueno, yo me sentía a gusto. Puse una silla frente a la ventana, donde se hallaba la pequeña ascua que reflejaba mi imagen distorsionada en ese cuadrado de cristal, y me quedé minutos completos sentado, viendo mis falsos ojos desorbitados.

Ahora, quiero pensar en ti, Sofí. Ocasionalmente, mi indiferencia se patentiza y arruinará esta relación. Lo digo de esta manera, porque aún no he visto una señal de cambio de tu parte. En este instante, siento como si hablara contigo, no sé si esto será verdad o ficción, mas me gustaría tenerte a mi lado y decirte cuánto te amo. Te comprendo, te adoro, te quiero, te amo... Sin embargo, ya me cansé de esta situación. Lo que quiero es acabar con este problema que me aturde. Sé que eres una mujer muy bella y tienes a los hombres que tú quieres. Siento como si me pertenecieras hace mucho tiempo; por el contrario, a veces, intento introducirme en tu mente y descubro que en ti no hay amor por nadie. Te noto cansada de lo mismo. Eso me duele mucho. Es insoportable... Esto tiene que finalizar. Si tú no puedes, yo haré justicia con mis manos. En caso de que fuera yo el que desapareciera de tu vida, tú no sufrirías para siempre, pues te buscarías un reemplazo. Además, siento como si yo no fuera nada tuyo, nada. Me pongo celoso

cuando estás con chicos altivos que quieren proponerte algo más que amistad. Los detesto y me molesto contigo. No lo soporto. Siempre es igual. Pierdo el deseo de seguir haciendo este tipo de recordatorio, debido a que prefiero continuar contemplando cómo se derrite esta vela. Cuando llegue a apagarse, haré una locura. Ya te la diré después. Ahora, solo me gustaría atraparte en el tiempo y el espacio. Imagina que tú, desde tu balcón, ves la misma estrella del cielo que yo estoy mirando. Qué hermoso sería. Mejor aún, qué valor tendría para ti que tú estuvieses escuchando mis palabras en este momento, sí, justo en este instante. Pero igual, ya no habrá una solución a lo que voy a hacer. Hoy que te vi por última vez, hasta ahora, únicamente he pensado en una forma de acabar con lo que te hace sufrir y no te deja sonreír con tranquilidad. Como el problema que tienes es proveniente de tu belleza, he pensado en aniquilar a las personas que se fijan en ti. Si este modo de operar no es efectivo, entonces, tendré que matarte. De esa manera, no serías mía, ni de nadie. Ahora, quiero contarte un gran secreto (si es que logras captar mi mensaje): todo este tiempo he estado trabajando hasta el cansancio solo para comprar un número significativo de explosivos que he instalado cuidadosamente en todo el Jirón de la Unión. De mí, depende que todas estas calles estallen cuando lo considere oportuno. Al bajar esta palanca, ocurrirá una detonación trágica para la historia de este país... ¡Diablos!, sonrío sin motivo, siento que estoy perdiendo el control: veo mi imagen enloquecida en el vidrio de la ventana, mis carcajadas sarcásticas son terribles. Sigo riendo. Me escucho a mí mismo. No me puedo contener... Es mejor no revelarte mi hazaña, ¿me entiendes? Tan mal me encuentro que siento como si tú estuvieras escuchando todo lo que digo o leyendo una carta que escribo, a pesar de la larguísima distancia que nos separa. Bueno, Sofí, solo te digo algo más: es recomendable que desaparezcas, antes de que yo lo haga salvaje e inesperadamente... Mmm... La cera se ha derretido por completo; solo la mecha quedó prendida. Solo quiero que sepas que, al apagarse el fuego, bajaré la palanca... ¡Ah, mira!... Ya se apagó. Ya no puedo verme en la ventana, ya no puedo distinguir lo que antes era claro, todo es oscuro otra vez; sin embargo, es una oscuridad inusual: es una oscuridad con color... ¡Mueran todos, entonces!

\*\*\* ○ \*\*\*

Era un bonito día para dejar volar la imaginación. La naturaleza se consolidaba y se propagaba sin limitaciones: los árboles frondosos, el césped recortado, unas rosas y abundantes flores relucientes y aromáticas, los pajaritos que emitían cánticos celestiales y melodiosos, algunos insectos pequeños que trabajaban la tierra, otros que simplemente volaban alrededor de las flores, hermosas casas bien pintadas, el cielo bien claro y un poco de neblina, el sonido era acogedor. No había muchos carros que transitaran a esa hora, ni personas que salieran a caminar o a hacer bullicios. El poco viento, similar al soplido de Dios,

me congelaba la cara. A pesar de estar abrigado, sentía frío, al igual que Sofí, quien no dejaba de pedirme que la abrazara. «¿Hasta dónde iremos, mi osito?», me preguntó con una mirada tierna que me hizo bajar ligeramente los párpados. Me sentía muy enamorado de ella. Las palabras que salían de su boca hacían que me transformara en un niño, creyente en todo lo que la otra persona le dijera. «Vamos hasta ese pequeño muro que ves al fondo, ¿te gusta contemplar el mar?, ¿sí? Bueno, hoy podrás», le respondí. De tanto mirar, olvidé que estaba en compañía de un ser humano igual que yo, que soñaba, vivía, sentía, gozaba, reía, lloraba y amaba. Por ese motivo, elegí el parque de la Pera del Amor, en el cruce de las avenidas del Ejército y Salaverry, como lugar de cita. De esta forma, lograríamos olvidarnos del mundo y pensar solo en nosotros. Antes, tuve que recogerla de su casa, donde también era hermoso, ya que frente a su edificio había un parque bien llamativo, llamado María Reiche, en Miraflores. La primera vez que lo vi, me quedé tan impactado que no quise moverme de allí. «¿Y tú vives aquí?», recuerdo haberle preguntado con mucho asombro de mi parte, el primer día que fui a visitarla directamente. No puedo olvidar esa imagen, no me gustaría borrarla nunca de mi memoria. Espero que siempre que tenga la oportunidad pueda frecuentar ese lugar, sobre todo, en compañía de Sofí. Bueno, llegamos al muro final que estaba en la Pera del Amor, y nos quedamos sentados, conversando sobre la inmensidad del mar, lo infinito del espacio, la soledad de las islas, el más allá. Pero aún no me sentía satisfecho, la hice caminar por la larga vereda en donde estábamos, hasta llegar a un campo abierto donde solo había césped y carteles de alquiler de parapentes. Allí sí fue un bonito recuerdo que tuve de ella para toda mi vida. Me contó secretos que no se los contaría a nadie: le juré no romper ese pacto pasara lo que pasara. Ella prometió lo mismo, cuando yo le revelé algunos percances de mi existencia. En ese momento, la naturaleza que siempre admiraba se posesionó de Sofía, y ella empezó a adecuarse en lo que yo más quería: mi vida. Ahora, todo lo veía distinto: esa cascada altísima no tenía la misma significación de antes, las olas que reventaban en la orilla ya no emitían el sonido tranquilizante preestablecido, mi vista miope ya no necesitaba ver las lejanas islas que apenas se apreciaban desde aquí. Todas ya estaban cerca, muy cerca. Así, volví a quedarme atrapado en el tiempo y el espacio, sin percatarme. Todo esto era remoto. Recordaba esa fecha inolvidable: un sábado 24, nuestro primer aniversario de mes.

No quería moverme de mi cama: quería volver a recordar esos y otros hechos agradables, aunque fracasaba. No existió un instante tan particular en toda mi vida como ese. Realmente, Sofía era esa: la mujer que Dios puso en mi camino para que me casase, la mujer de mi vida, la única. Ahora, no es igual recordar lo mismo una y otra vez hasta el cansancio; como también es diferente soñar de día, tarde o noche.

Por ejemplo, tan rápido ha pasado el viernes que no me acuerdo lúcidamente de lo que hice. Solo se me vienen imágenes desordenadas de lo que

sucedió: «Muy bien, José, tu trabajo ha quedado perfecto. Ya puedes tomarte un descanso. Oye, te noto medio extraño, ¿has peleado con alguien? Estás muy pálido», fue lo que me dijo mi patrón Valdés antes de retirarme. «No, sí estoy bien, solo un poco cansado», mentí. De ahí, salí de la oficina y entré en mi auto. No quería concentrarme en nada en específico. Mi vista estaba opaca. Todo ese día me la había pasado pensando, sobre todo, me inquietaba saber qué decía finalmente la carta de Memo, que se hallaba dentro de mi casaca. La saqué, la revisé por fuera y bostecé. Si la leía en esa ocasión, no me iba a concentrar bien; podría perder el control del timón y atropellar a alguien. Preferí posponerlo, hasta cuando llegara a mi casa. De la avenida Wilson a la de Pezet, era un recorrido molesto. Por otro lado, ya era la segunda vez que me sentía afectado por el cansancio físico, debido a que mi cuerpo anteriormente se había acostumbrado a laborar hasta altas horas de la noche. Y justo ese día no soportaba nada más... Al llegar ese día a casa y ocuparme en actividades menores, no recordé dónde dejé la carta después: quizá encima de la mesa, allí creo que la dejé, no sé de verdad. Tendría que comprobarlo ahora. No tuve éxito. Encendí el televisor para ver los noticieros. Lo mismo de siempre: captura de delincuentes, robos armados, explosiones, cuestionamiento de veracidad en políticos, celebraciones por fechas cívicas, etc. Una de las noticias reincidentes fue la de una detonación en jirón de la Unión: la escuché previamente al manejar. No sé por qué la recordé. Será porque duró como cinco minutos completos, casi la tercera parte de mi recorrido. En fin, qué triste es que el hombre, inconscientemente, esté destruyendo su propia naturaleza. Tanto que aporta por mejorar para que después se olvide de todo. Qué cinismo...

Siendo las 6.45 a. m., decidí abrir las cortinas de mi cuarto para levantarme inmediatamente. Sofía puede ponerse triste si no voy a verla, estoy seguro de que no querrá hablarme por un buen rato y se quedará callada estratégicamente. Nuevamente, emprendí la búsqueda de la carta por todos lados, y no la encontré. No sé cómo habrá desaparecido, pensé que mis sentidos no me engañaban y que iba a encontrar esa carta encima de la mesa como sea; sin embargo, no estaba. Bueno, ya no tomé más importancia al asunto, es más, una carta no podía alterar el significado de una fuerte represalia o revancha. De nuevo, Sofí... De nuevo. ¿Qué estarás haciendo ahora? ¿Descansas, te acomodas el cabello, te ves en el espejo, te maquillas, ríes, lloras, masticas chicle, piensas? Hagas lo que hagas yo siempre te veré bien linda, de eso no dudo; solo me preocupó verte arruinada el día de nuestro segundo aniversario. Para que estuvieras así, mejor hubiéramos postergado la cita. Pero ya ocurrió. Es imposible alterar los tiempos para preferir otros. Para mí, todo lo que suscita en la vida está bien hecho. No hay que hacer modificaciones de nada: la innovación altera toda una historia.

Me enfoqué en alistarme sin pensar en contratiempos. Rápidamente, revisé mi celular para ver si Sofí me llamó. No me equivoqué: tenía siete llamadas perdidas que provenían de su número. Tal vez, estaba resignada y quería pedirme

perdón. No sé, solo es una suposición sin base ni fundamento. De todas maneras, espero no equivocarme. El mundo cambiante en el que yo vivo me brinda muchas sorpresas, como también desencantos. Igual, mis ideas no superan los hechos que experimento. Todo se comprueba, se demuestra y se expresa.

Siento risa ahora, tanto he hablado conmigo mismo que, sin percatarme, he llegado rápidamente a la casa de mi Sofí. Estoy intranquilo: presiento algo malo. Predomina un ambiente de muerte. Ojalá me equivoque. No me gustaría terminar con Sofí un día como hoy. Entonces, me enfrento a mis temores: toco el timbre, respiro con dificultad, espero un rato, la puerta se abre lentamente y...

— ¡Maldito hijo de puta! ¡Dónde está mi hija! —Esas palabras resonaron en mi cabeza como fuertes punzadas hirientes, el sonido del silencio se resquebrajó por completo y la pasión del amor que sentía desapareció a partir de ese instante imprevisto. Todo acabó, todo murió, preferiría la muerte en vez de este funesto momento o la venta de mi alma al Diablo.

\*\*\* ○ \*\*\*

¡No sé qué sucede en esta sociedad! Primero fracaso emocionalmente y después tengo que pagar por algo que, yo recuerde, nunca hice. ¿Por qué estoy detenido?, ¿qué hice de malo, que desconozco?, ¿qué? ¿Que soy un orate? Ustedes lo están: yo no realicé esa barbaridad, ni tiempo tuve para acercarme a ella. No existen pruebas. ¿Mi nombre?, ¿dónde está?... (1).

¡Memo! Él fue, no hay otro. Yo no he visto a Sofía desde el viernes por la noche cuando me entregó la carta. Eso es: en la carta, le habrá escrito algo, una amenaza tal vez, algo sobre un futuro secuestro, un chantaje, qué sé yo. A mí, no me metan en este lío. Claro que yo estuve con ella ese día, pero de ahí no sé más... ¡Cómo no leí esa carta!... (2).

¡.....!  
.....! (3).

Este postigo de metal desfigura mis perspicuos preceptos formales, laborales, éticos, religiosos, semidialécticamente constructivos y políticos (si es que existe esa terminología recalcitrantemente difusa), que en un lapso temporal-crónico y pedagógico-emocional avasallaron mis sibilinas taxonomías sintácticas... Sí, eso quiero: fingir ser otro, uno y varios a la vez. Por ahora, simplemente, soy este pobre y triste autor concienzudo. Construí los diálogos 1, 2 y 3, al igual que la carta... ¿Qué?, ¿no sabes cuál es la carta?... Ocasionalmente, pienso que hablo para mí mismo y, otras veces, como si lo hiciera con un ser supremo, alguien que me domina. Podría tratarse del autor definitivo de todas las novelas y el creador de todos los personajes; no soy ese tipo de creador, sino el inventor de todo este embrollo. No sé si denominarme el autor de esta trama,

puesto que soy un personaje más, un personaje desconocido que ha arruinado tres vidas, tres mundos y tres fantasías: ese soy yo, y lo acepto orgullosamente. Soy un ser minúsculo que pensó ser el dueño de su historia, pero, al subordinarse, siente que le han robado el mundo. Soy un personaje de la novela de Dios, la cual sigue escribiéndose.

Durante mucho tiempo, he observado a una chica que me gustó como nunca. Jamás la traté directamente, aunque igual me encuentre seguro de que la amé más que ninguno. Hace diez años, la conocí; desde ese tiempo, la he amado no saben cuánto... Como ninguno. Para demostrar ello, me respaldo de ser quien más hizo más por ella. Tenía derecho. Eso sí, no me atrevería a asesinarla: a ella ni a nadie. Lo expresaría al exterior; de ahí, nada más. Tal vez, se malinterprete esto como locura. Solo quería captar su atención. Antes, no lo logré tanto como ahora. Tengo cada idea, cada alucinación, que no serían propicias mostrarlas de modo sencillo. Ya será para mi próxima acometida. Por ahora, quiero explicarlo todo. Yo escribí la carta; ahora, está en mis manos. La recuperé al meterme en la casa de José. Sinceramente, pensé que me sería difícil recobrarla. No obstante, no fue así, la hamburguesa envenenada que comió y que yo mismo le serví en la tienda del parque Kennedy lo debilitó. Lo encontré dormido, medio dopado. La carta estaba encima de la mesa. Hui rápidamente. No dejé rastro. Todo lo calculé concienzudamente y con premeditación. Nadie se hubiera fijado en mí, nadie. Pensé que, al librarme de los pretendientes principales, tendría la exclusiva oportunidad de que ella se fijara en mí. Así, podría intentarlo paulatinamente. Pues la carta que escribí y recuperé me sirvieron significativamente para hacer realidad mis fantasías. Esta decía lo siguiente: «Llegué a una casa en Jirón de la Unión [...]... ¡Mueran todos, entonces!

—Memo—

P. D.: Hoy no podrás librarte de mí. Hagas lo que hagas estarás muerta esta noche».

Yo no quería que muriera; solo quise atormentarla. Sería incapaz de cometer un delito de esa naturaleza. Solo lo haría un demente. Yo no. Si ella se asustó, fue por su propia causa. Bueno, no quiero referirme más a esa carta; para mí, solo fue un juego, al igual que como lo hice en los diálogos 1, 2 y 3. El primero es la voz dudosa de Memo; el segundo, la voz rencorosa de José; y el tercero, la voz muerta de Sofía. En este momento, yo los imagino así. Tanta es mi locura que todo salió como yo quería. Dos meses de planificación, luego de ver a Sofía con José y soportar la ignominiosa melancolía de Memo, aproveché mi estado de ánimo para escribir ese papel, que salió perfecto. Ahora, no sé por qué ocurrió esa explosión masiva justo en el lugar del incidente paranoico fingido. Efectivamente, pura coincidencia: un milagro. Tal vez, fui yo; es más, a quién le importa que revele lo que hice en verdad. Aun así, sigue todo tan complejo. José culpará a Memo sin tener pruebas contundentes. Al estar desprovisto de estas, José será el principal

acusado, lo encerrarán. De esta manera, es merecedor a ese castigo por haber osado en establecer una relación amorosa con Sofía durante dos meses. Particularmente, esa sanción no terminará de cumplirse. Me seguiré vengando: habrá una revancha... A Memo, solo le infundí un pequeño susto, como para que se olvide de mi único amor, aunque contará con un enemigo inmortal: José. Al demostrarse su interés por Sofía, se validará lo que está escrito en la carta: amenaza de muerte y destrucción del Jirón de la Unión. Están involucrados en un lío enorme. Con respecto a Sofía..., antes de aludir a ella, voy a comprar un periódico. A ver, «¿cuánto está su periódico?, ese de allí», «tres soles». Tiene que estar por aquí... A ver, a ver... ¡Aquí está!: «Bajo el puente Villena (Miraflores), se halló el cadáver de una mujer de 27 a 28 años aproximadamente, víctima de acoso sexual y extorsión, por lo que decidió suicidarse. Se han encontrado dos sospechosos y posibles homicidas: José y Guillermo (Memo), quienes son custodiados por la Policía Nacional del Perú [...]».

Menos mal que todo ya deja de ser misterioso. Yo camino normal por la avenida del Ejército con mi periódico en la mano, sin que nadie tenga pruebas de que yo sea el causante de todo este enredo, nadie las tiene. Además, las personas me desconocen: nadie sabe quién soy, cómo me llamo, cuál es el número de mi teléfono, cuál es la dirección en donde vivo... Estoy libre, dolido por la pérdida de mi amada, pero libre...; también, demente y no hay quién me encierre.

\*\*\* ○ \*\*\*

Me levanté temprano. El sol no me dejó dormir. Ciertamente, fui el primero en despojarse de las sábanas con respecto a todo el personal de ese edificio: al menos, así lo creía. No me puse mis zapatos, ni fui al baño para asearme, ni tomé desayuno, ni nada. Quería evitar que el resto de personas se levantara y arruinara sus sueños. Pensé que mi movimiento causaba malestar a otros; por eso, hice todo lo que tenía pendiente, con la particularidad de que predominaran la calma y la agilidad. Salí de mi departamento número 918 y caminé por todo el pasillo hasta estar al pie de las escaleras. Subí. Llegué hasta el piso más alto: una azotea exenta de techo y expuesta al aire libre. Un lugar donde se podía ver el mundo de diferentes formas: un lugar apartado, un centro de atención, una acogida para todos los sentimientos, las ilusiones y los sueños. Un lugar abierto y receptivo. Desde allí, era notorio el inmenso mar, que se distorsionaba a lo lejos, un mar celeste, temeroso, mortal y abundante, al igual que el cielo, hermoso para los ojos y el tacto. Puedo sentir toda la naturaleza, pero no ver plenamente. Me quedaré horas contemplando y viviré miles de sensaciones de relieve moral que terminarán en un suspiro que se llevará el viento, sin dirección determinada. Como todo viene adherido con algo distintivo, es prudente apreciar lo que está en su entorno, como esa bahía rugosa de extensa altura, que es débilmente iluminada por los primeros rayos de sol que salen de las aisladas y tímidas nubes. Todo claro:

así es mejor. Solo observo y trato de sentir cada vez más profundidad cósmica en mi interior, ¿qué podría hacer para que la naturaleza me invada totalmente?, ¿qué podría hacer?

En ese momento, me recosté sobre el muro de la azotea, de donde se veía la calle. Un poco triste. Agaché la mirada y sentía cómo la expresión soñadora de mi alma se apagaba como el soplo que se le da a unas velas encendidas en la oscuridad: una esperanza que se disipa y deja todo en tinieblas. Así estaba. Dieciocho años, y no había experimentado el verdadero amor. De tanto pensar y observar la calle en son de derrota, tuve una sensación de curiosidad. Identifiqué otros edificios con la finalidad de ver a alguna mujer dormida. Primero, en el edificio rosa, allí nomás, estaban todas las cortinas cerradas. Luego, en el edificio verde, no había habitaciones féminas frente a sus ventanas exteriores. En el mío, nada. Solo quedaba mi vecina regordeta y vieja pisos más abajo, quien cerró sus cortinas asustada apenas vio mi mirada introvertida y lujuriosa. Por último, se hallaba un edificio celeste claro, donde exclusivamente se encontraba una sola ventana con las cortinas abiertas. Quise cerciorarme de todo lo posible; para eso, me valí de algo que siempre tuve presente para esas situaciones: forcé el pestañeo de mis ojos por varios segundos; después, cambié la posición de mis brazos: puse el derecho sobre el izquierdo; y estiré mi cuello lo más que pude. Todo lo hice para no perder esa estupenda visión: jamás quería olvidarla. Donde yo estaba observando, era notoria una mujer completamente desnuda que se secaba el cabello con una toalla. Su físico era sorprendente. Sus senos, al igual que sus nalgas, eran erguidos y consistentes. Su cintura dibujaba unas curvas mágicas que desembocaban en sus flácidas piernas. Sus brazos eran delgados. Sus facciones, atractivas, estupendas y de toda una mujer. Esa chica no tenía defectos para mí. Ya estaba enamorado otra vez. Desde ese instante, la veía constantemente sin que se percatara; no sé si ella se enteró alguna vez, pero yo la amé desde ese día y no quise cambiarla por nadie. Para qué hacerlo, si ella ya lo era todo. Tal vez yo fui el culpable, porque nunca le hablé y ella jamás tuvo la oportunidad de saber quién era yo. Con el decurso del tiempo, me sentía mal al verla con otros hombres, abrazada, recibiendo amor, bañándose, fumando, leyendo, escribiendo, viendo la televisión, acostada. Todo a escondidas. De 18 a 28, los dos sin contactarnos y quizá amándonos. Si no era mía, no era de nadie, ya que estoy seguro de que yo la amé más que ninguno. Hace diez años, la conocí; desde ese tiempo, la he amado no saben cuánto... Como ninguno.

\*\*\*\*\*

**Jesús Miguel Delgado Del Aguila** (Lima, 1988) es licenciado y candidato a doctor en Literatura Peruana y Latinoamericana por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Lima, Perú). Desde el 2012, se desempeñó como corrector de textos en Editorial San Marcos, Ediciones SM, Instituto Pacífico y Máster Libros. Asimismo, colaboró en proyectos de investigación y asesoría de cátedra en su

misma institución. A partir del 2014, inició su cargo como docente universitario y de Educación Superior. Dictó en el Instituto Arzobispo Loayza, la Universidad César Vallejo, la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas, la Universidad Privada Sise y la Universidad Tecnológica del Perú. En el 2017, sustentó su primera tesis, titulada *Protagonismo violento y modos de representación en La ciudad y los perros (1963)*. Luego de ello, empezó a publicar artículos en revistas indizadas nacionales e internacionales, como también participar en congresos de la misma índole. Actualmente, se encuentra investigando sobre la novelística de Mario Vargas Llosa y el ensayo *El laberinto de la soledad (1950)* de Octavio Paz: temas pertinentes para la elaboración de su tesis doctoral.